



PARÁBOLA DEL TRABAJO.

EL hombre, como protagonista del drama de la vida, apenas se presenta en la escena del mundo, encuentra formados en semicírculos, á derecha é izquierda como los coristas de la ópera, á todos los personajes que han de acompañarle sobre las tablas, y que no le abandonan sino cuando ha caído el telón y se ha apagado el gas.

El hombre dirige la vista preferentemente á los personajes de la izquierda, y encuentra caras que le parecen conocidas de mu-

cho tiempo atrás; nadie le ha presentado á aquellos personajes, pero los conoce á todos, le son familiares, y su presencia no le sorprende.

La mas inmediata es una joven de fisonomía austera, de mirar resuelto, de ademanes imperiosos, y está armada su diestra de un puñal agudo de que no se separa nunca, porque acciona con él como para manifestar que cada una de sus órdenes ha de ser cumplida irremisiblemente so pena de la vida. El hombre se le acerca con complacencia; no le intimida la punta de aquel puñal envenenado, porque sabe muy bien que nunca ha de desobedecer los mandatos de la que lo blande, por más que su ceño sea de una severidad inexorable. Esta joven está casi desnuda, y sus atributos son un haz de espigas de trigo, y una ánfora con agua y no lleva más adorno sobre la cabeza que un reloj de arena.

La acompaña, ó mas bien la sigue un angel de rostro apacible de enormes alas blancas, coronado de adormideras que pro-

yectan una sombra constante sobre su frente, como para defender sus ojos entreabiertos de la luz reverberante del sol.

Á la derecha del protagonista hay un personaje cuya importancia es tan manifiesta, y cuyo poder es tan grande, que se le considera como el rey entre todo el elenco. Lleva efectivamente un cetro en forma de zapapico, y en la otra mano el mundo. Si se examina el trono sobre el cual permanece de pié, en lo cual se diferencia de todos los demás reyes que se sientan en él tan cómodamente, se nota que está formado de todos los instrumentos conocidos: desde el martillo del cíclope, hasta la herramienta moderna.

No es éste el único trono que hay á la derecha. Se percibe otro, resplandeciente de luz y de belleza; de él emana toda la claridad que hay en la escena. Y en él, se asienta una diosa coronada de resplandores, de mirada dulce, de frente noble y espaciosa, y de cuyas manos, brotan á raudales todos los bienes y todas las esperanzas. El prota-

gonista reconoce en ella la Ciencia. No tiene, como Júpiter, los rayos en la diestra para lanzarlos contra los mortales, sinó á sus piés para unir á los hombres con lazo fraternal.

Un tercer personaje viene en seguida, coronado con un casco de nieve; una palidez mortal cubre todo su cuerpo con tintas verdosas y frías, y su fisonomía es no menos imperiosa que la de la dama del puñal, sus ademanes son resueltos y rudos. Lleva las tijeras de la Parca Atropos en una mano, y en la otra una lanza enorme de donde pende un vellón de lana.

Estos son los tres principales personajes del grupo de la izquierda, y los cuales siguen de cerca y sin abandonar al protagonista, sinó á cortos intervalos, durante toda la representación. Por lo demás, figuran al lado de éstos, después del conocidísimo Cupido á quien no hay necesidad de describir y cuya presencia es de suponerse tratándose de la vida, otros personajes secundarios pero en número tal, que forman un grupo

cuyos límites se pierden entre bastidores.

No bien ha comenzado el hombre la carrera de su vida en el escenario inmenso, cuando al lado de los personajes de la izquierda, que representan, como se ha visto, sus necesidades materiales, sus necesidades imperiosas, de comer y beber, de dormir y de cubrirse, van apareciendo otros personajes que pertenecen al orden moral, y que van á ponerse en guerra perenne contra el protagonista. Junto á la diosa del puñal envenenado que lleva por atributos el pan y el agua, aparecerá, á guisa de bufón caricaturesco y contrahecho, la gula, con extravagantes seducciones; la embriaguez manejando un veneno sutil que mata el alma antes de matar el cuerpo; y como séquito infernal, las más veces invisible, las pasiones, que deben cambiar de traje y de maneras según la escena lo requiera; la envidia, los celos, la lujuria, el juego y numeroso acompañamiento.

Comienza la representación, y el hombre inclinado siempre al lado izquierdo, ha-

ce amistad con la gula y con el lujo. La decoración toma entonces un aspecto fantástico: espléndidas mesas de banquetes, cubiertas con los manjares mas exquisitos y con los vinos mas preciados; la turba estruendosa de los placeres danzando al compás de las orquestas, y mujeres hermosísimas luciendo sus encantos y sus galas!

El hombre deslumbrado ante aquel espectáculo encantador, se inclina más y más hacia la izquierda; pero en el momento de dar un paso, tropieza con una reja de hierro gigantesca que no puede franquear, lucha en vano con los hierros colosales y la recorre en toda su longitud como las fieras en la jaula.

Llama en vano á los placeres, al amor, al lujo á todos los que pasan mas próximos á su barrera infranqueable; pero nadie lo ve, nadie le responde, todos gozan y son felices en aquel festín y no se ocupan del miserable que los llama y cuya voz se pierde en el estruendo de los coros y de las risas.

Vuelve la cara en torno suyo; retrocede

algunos pasos y busca otro camino. Percibe á la Ciencia, á aquella reina resplandeciente de belleza y de bondad, ella se apiada del desgraciado, tiene una sonrisa tan llena de clemencia, una frente tan noble, una mirada tan profunda, que el hombre se lanza por la senda que vé abierta á sus piés.

La decoración ha cambiado al son del pito del consueta del teatro. ¡Qué senda tan árida! ¡qué camino tan difícil y tan largo! A medida que se avanza se alarga más y más, y el trono aquél resplandeciente de luz, casi se ha perdido en lontananza desde donde envía aún sus pálidos reflejos como una estrella.

El hombre se detiene, vacila, y vuelve la vista en torno suyo. La decoración cambia de nuevo. Ahora representa una especie de tabernáculo compuesto de piedras preciosas que lanzan millones de rayos de luz de todos los colores. En el centro está una diosa sentada sobre una roca, y á sus piés brota un raudal de oro y otro de plata corriendo y despeñándose en vistosa cascada,

hasta llegar á una profundidad inmensa, donde se agita una multitud compacta de gentes de todos los pueblos y de todas las edades del mundo: unos están arrodillados, otros han clavado las manos en la catarata de oro y no pueden moverse; aquéllos besan el metal con arrobamiento, otros lo guardan con avidez en los bolsillos.

Los que más se acercan al manantial son los reyes, reyes de todos colores, reyes vestidos de púrpura, y reyes de frac negro, reyes de cartón y reyes de palo: todos juntos, todos confundidos. Un coro de vírgenes que arroja sus palmas y sus coronas para tocar la cascada con las manos y con la frente; coros de hombres que se han ocupado en traer hasta allí, cargándolas con mil trabajos, su honra y su conciencia, para arrojarlas en el manantial aurífero. Coro de criminales que traen aún la ganzúa y el puñal con que se abrieron paso. Otro coro de seres venerables, de mirada tranquila, de andar mesurado, de frente limpia, pero húmeda aún de sudor, y de manos encallecidas,

no se mezcla con la multitud que se precipita y se enloquece.

El hombre va á lanzarse á aquel torbellino humano que apaga su sed en la cascada de oro, y emprende el camino. El maquinista del teatro ha recibido la señal, y cambia la decoración: otro camino árido y escabroso se presenta á los piés del hombre, y la aparición de la riqueza con tabernáculo y catarata de oro, se aleja y casi se pierde en el horizonte.

El hombre se para contemplando los abismos que lo separan de la ciencia y de la riqueza; y mientras mide con la vista aquellas enormes distancias, sintiéndose débil y desvalido para emprender peregrinación tan larga y tan difícil, los placeres y las pasiones, y los vicios, lo llaman al través de la reja colosal que no puede franquear.

Lleno de desesperación por su impotencia y su debilidad se sienta y llora.

El maquinista amenguando la luz en el escenario hace desaparecer todas las visiones. El hombre al levantar la cabeza se en-

cuentra solo, y entre la oscuridad de la escena no distingue más que una sola figura. Es la del primer personaje que hemos descrito; es la joven que lleva el haz de trigo y la ánfora de agua. Es la primera de sus necesidades.

El hombre procura levantarse para dirigirse á su única compañera; ella le llama á cierta distancia, con su ademan imperioso, pero el hombre no puede moverse. Entonces piensa con horror en el puñal que blande la diosa y lanza un grito.

Un hombre aparece en la escena y se le acerca poco á poco, él no lo conoce, pero el público sabe que es aquel rey que apareció á la derecha, que llevaba el mundo en una mano y un zapapico en la otra.

—Levántate, exclama, yo soy tu salvación, yo soy el precio de la vida, yo soy tu destino y tu providencia, tu guía mas seguro, tu mas cariñoso compañero, tu amigo mas fiel, mas agradecido que los hombres, mas generoso que la prodigalidad. Yo soy el escudo contra los vicios, la fuente de to-

dos los bienes, yo doy paz al alma, tranquilidad á la conciencia, pan blanco y seguro para el sustento, sueño reparador y tranquilo al fatigado. Yo tengo las llaves de la reja que no podías franquear, yo puedo conducirte al través de las escarpadas sendas en que no pudiste dar ni un paso, yo puedo hacerte llegar hasta el manantial aurífero que te deslumbra y al templo de la ciencia. Yo sólo puedo conducirte á la felicidad, porque soy la bendición de Dios sobre la tierra.

—Quién eres y cómo te llamas?

—El trabajo.

Cuando el drama ha llegado á esta escena, el hombre ha encontrado su mejor amigo, el mejor guía en su desamparo y su impotencia; pero en cualquiera de los mil caminos que elija, ha de tener por compañeros de viaje otros personajes que no se habían presentado en la escena, y que por humildes y oscuros suelen no ser muy conocidos del público.

Estos personajes son la Inteligencia, el

Ahorro, la Economía y la Perseverancia.

Cuando el hombre emprende la jornada con tales compañeros, sin separarse de ellos ni un momento, llega, cumpliendo su misión, al goce de la verdadera felicidad sobre la tierra.

